JOSE M. PICHARDO.

LIBRARY OF CONGRESS
SURPLUS DUPLICATES

DE PURA CEPA

5 MAR 17

Santo Domingo, R. D.
Imp. de J. R. Vda. García Sucesores.
1927.

THE LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF
NORTH CAROLINA

ENDOWED BY THE
DIALECTIC AND PHILANTHROPIC
SOCIETIES

897.293
P592d

This **BOOK** may be kept out **TWO WEEKS ONLY,** and is subject to a fine of **FIVE CENTS** a day thereafter. It is **DUE** on the **DAY** indicated below:

JOSE M. PICHARDO.

DE PURA CEPA

Santo Domingo.
Imprenta de J. R. Vda. García Sucesores
1927.

Obras del mismo autor:

Pan de Flor (Cuentos)
Tierra Adentro (Novela)

897.293
P592d

758025

Digitized by the Internet Archive
in 2025 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

https://archive.org/details/depuracepa00pich

PROLOGO

Ha venido a acrecentar el acervo literario dominicano con un valioso libro de cuentos netamente criollos el ya conocido y alabado novelista José M. Pichardo, autor de la popular novela TIERRA ADENTRO, que tan justos aplausos le granjeó así de la critica nacional como de la extranjera.

El libro de cuentos con que nos ha regalado el correcto y ameno escritor, es digno de nuestros más calurosos elogios, por los indiscutibles y no escasos méritos que en obra de tan cortas páginas se contienen.

Fuerza es confesar después de leí-

do el libro, que todo resulta en él concebido y ejecutado con feliz tino, con envidiable acierto.

La prosa es blanda, correcta, pulida, desembarazada; las narraciones son llenas de ingenio, de observación acuciosa y de agradable viveza y colorido; la animación y el interés campean en los diálogos, hábilmente manejados; y los tipos que presenta la exuberante imajinación del cuentista, son de mano maestra.

El libro comienza por una evocación nostálgica de tiempos ya lejanos, cuando imperaban en la sencilla familia dominicana costumbres sanas, austeras y cordiales; cuando no habían los odios sembrado la discordia y la intriga con tan lamentables daños como ahora; cuando vivía aquella sociedad olvidada de la civilización; pero feliz en su ignorancia y en su atraso.

¡Dichosos tiempos, venturosos tiempos por los cuales suspira el cuentista con mal disimulada tristeza!

Si fuese dable tornar a ellos! Si la moralidad fuese de nuevo norma invariable de los hombres! Si la mujer se convirtiese de nuevo en la musa romántica para quien sólo existiesen requiebros delicados, versos floridos, amable y comedido respeto y adoración rendida!

Pero.....en vano pugna el deseo por echar atrás la caravana de los años!

* * *

Merecen especialísima mención, entre los muchos buenos cuentos del libro, los intitulados SE SOLTO EL TIGRE, magnífico, pleno de naturalidad y de donaire y CAZADOR CAZADO, otro excelente cuento.

A nuestro juicio, estos dos y EL MUERTO QUE RESUCITA, son los más selectos.

Además, en el libro hay páginas originales, originalísimas, que rebosan gracia y talento.

Y.... otra excelencia, lectores, el

simpático y sabroso cuentista, ofrece deleites a costa de pocas fatigas y trabajos.

Son cuentos breves; son páginas demasiado cortas.

El autor, a lo que parece, piensa con razón de sobra, que el quilómetro debe ser desterrado de la literatura.

M. A. Patín Maceo.

A MANERA DE INTROITO

Para José D. Alfonseca.

A medida que transcurren los años van desapareciendo, ó transformándose, las tradiciones y costumbres que forman el carácter distintivo de los pueblos. Las grandes conmociones, los sucesos extraordinarios y trascendentales, la acción perturbadora de influencias extrañas, contribuyen poderosamente a estas mutaciones.

Las costumbres y tradiciones, por arraigadas que estén, tienden a desaparecer ó transformarse, ó pierden su fuerza impulsiva, por una ley biológica inevitable. Su recuerdo se va apagando según una generación sucede a otra, y luego perdura como la luz de esas es-

trellas muertas hace siglos, que por efecto de las distancias inconmensurables, todavía alumbra.....

Asimismo, en lo material, el roce de los años transforma las ciudades, que van perdiendo, lenta ó rápidamente, según la prosperidad de sus habitantes y los accidentes imprevistos, sus fisonomías típicas.

La ciudad de Santo Domingo de Guzmán, la Atenas del Nuevo Mundo, ha perdido ya el aspecto de vetustez que hacía evocar leyendas del tiempo colonial. Su transformación ha sido lenta. Poco a poco han ido desapareciendo los viejos caserones de espesos muros, con amplios portales, pesados balcones y altas cornisas. Ya de las cruces de piedra que se levantaban en medio de algunas calles, en las cuatro esquinas, nadie se acuerda de ellas. De las murallas que defendían la ciudad sólo quedan algunos trozos desmantelados, la Puerta del Conde, la de San Diego, la de Santiago y los fuertes medio derruidos de Santa Bárbara, La Caridad, La Con-

cepción y San Gil. Las aceras desiguales, unas muy bajas y otras demasiado altas, de las que era fácil caerse ó dar traspiés, han sido sustituídas por otras niveladas y transitables. La tarvia y el macadám han hecho desaparecer aquellos profundos surcos que había en algunas calles, los cuales se convertían al caer un aguacero en ríos caudalosos, que los vecinos aprovechaban para salir de basuras y desperdicios, y los muchachos para refocilarse, dejándose arrastrar por la corriente.

Para los que no salen del solar nativo, y si salen retornan al otro día, la transformación de la Ciudad les parece más lenta de lo que realmente es; pero para aquellos que regresan del extrangero después de una larga ausencia, el progreso de la Ciudad es más perceptible. Los que se ausentaron cuando los ensanches de Gascue y Villa Francisca no se habían desarrollado, y al regresar los encuentran en pleno crecimiento, reciben una agradable sorpresa.

Quienes están al cumplir los cua-

renta años recuerdan vagamente las candeladas y borricadas de San Juan y San Pedro, las cacerías de palomas en la Sabana del Estado, y aun más cerca, en el sitio que hoy ocupa la plaza Independencia y desde las azoteas de las casas intramuros. Y quienes aun no han llegado a los veinticinco años oyen con agrado los relatos acerca del juego de San Andrés, lamentándose no haber tenido oportunidad de manchar con tuna a grandes y pequeños, y de enviar al través del ojo de una cerradura la descarga de aquellas inmensas jeringas que llamaban "visitadoras".

La mayor parte de los tipos raros, extravagantes, han desaparecido del escenario de la vida: Pamparruá, Agua de las Animas, Río Seco, Mamá Reina, Juana Vapor, Frijolito, Lico el Baboso, Vaporcito, Canario, Quinito, Sión Papá, Boca de Burro. Ya Lolito Flochón no saca el aviso de las máscaras, ni José María el Loco pasea las calles con un bombardino lleno de abolladuras, ni Juan Bautista Montes Madrid represen-

ta la Muerte Civil. Solo queda, como una muestra, el fanfarronesco Sampol, quien aun se resiste a pagar a la tierra el postrer tributo.

Ya para San Juan no invaden la ciudad los ejércitos de mariposas multicolores como sucedía antaño, ni los muchachos suenan "fotutos" a las puertas de los Juanes; ni encargan a Albencí los famosos trompos de caoba, ni juegan a las bolas, al «embique», «trúcamelo», «paja escondida» y a la «candelita»; ni creen en los Reyas Magos, ni guerrean a pedradas, ni se recogen al toque de queda. Los muchachos de ahora ya son hombres antes de apuntarles el bozo.

Ya no hay padrinos «pelones», que en los bautizos rumbosos dejaban caer una lluvia de monedas sobre los rapaces, que se apiñaban en la rebatiña, y se golpeaban a puñadas, revolcándose, con grande algazara. Rara es la casa donde al toque de oración en las iglesias se reunen toda la familia a rezar la salutación angélica en memoria de la Encarnación del Verbo Divino. Ya no se pi-

de la bendición a los padres al acostarse y al leventarse, ni se besan las manos a los padrinos. Ya no hay «pollos enterrados», ni «corridas de sortijas», ni «palos ensebados», ni desafíos de «pájaros con lajas», ni se fusilan los «Judas» en sábado de gloria.

Ya no se lidian toros con beta en los festivales de los barrios, ni se proclaman emperadores y emperatrices en las fiestas de la Cruz, que a veces se prolongaban uno y dos meses, con abundancia de líricos torneos y suculentos **sancochos.**

Junto con el progreso, que es un río caudaloso que no respeta diques, han surgido nuevas costumbres y necesidades. La vida cada vez es «más artificial», engañosa, llena de asechanzas y perfidia. La inocencia, la castidad, la santidad del hogar, los vínculos de la amistad, el apego y respeto a las tradiciones, han desaparecido, ó han perdido su consistencia y eficacia.

He reunido en este opúsculo algunos

esbozos y narraciones, los cuales, si es verdad que no tienen ningún valor histórico, ni relatan hechos trascendentales, a lo menos producen agradables sensaciones, y despiertan gratos recuerdos. Porque como bien dijo en el prólogo de mi ensayo de novela **Tierra Adentro**, el poeta, escritor y hombre de ciencias, Alcides García, una de nuestras jóvenes mentalidades más vigorosas, «el conjunto de las tradiciones, de las costumbres, de las modestas luchas progresivas, de las peripecias todas de la actividad de cualquier país, siempre se presta para ser tratado, estimulado; y para ser puesto como objeto de estudio: ante el propio empeñado egoísmo y ante el nunca desdeñoso del de los demás».

Estas narraciones, escritas con naturalidad y sencillez, no tienen ningún mérito artístico ni literario, ni han sido escritas con el debido detenimiento y reposo, sino al correr de la pluma. Simples bosquejos, pinceladas dadas sin acierto, a grandes trazos, sin retoques, reconstruyen la realidad de la escena sin

apelar a medios artificiales, siguiendo fielmente la autenticidad del sucedido.

Es muy posible que los bosquejos y narraciones agrupados en esta obra, por culpa de mi poca ó ninguna maestría en el relato, no tengan vigor de pensamiento, y amplitud de perspectiva, carentes de gracia y viveza, y resulten por lo mismo, asaz insulsas, sin eficacia bastante para deleitar, persuadir ó conmover, demasiado ingenuas y candorosas.

Pero puede ser que esta misma ingenuidad, este mismo candor y sencillez, den algún interés a la narración, además del de la veracidad histórica de los sucesos narrados.

"Se Soltó el Tigre"

Para Enrique Henríquez.

El suceso histórico que voy a relatar ocurrió hace la friolera de casi medio siglo, esto es, si la memoria no les es infiel a los testigos oculares que me lo han relatado.

Fué a mediados del año de gracia de 1880. A la sazón era presidente de la República el Padre Meriño, gobernador civil y militar de la provincia capital el general Alejandro Woss y Gil, y comandante de armas de la plaza el general Carlos Parahoy.

En aquel entonces se vivía tranquila y apaciblemente en este apartado rincón del mundo. Las costumbres eran

más sanas y austeras; la gente más afable, sencilla y bondadosa, y eran más puros y desinteresados los afectos. La amistad, las tradiciones de familia, el amor al terruño, eran cosas sagradas. Los comerciantes al mediodía cerraban sus establecimientos para tomar el almuerzo y luego dormir la siesta, y a las cinco horas de la tarde, antes de la cena, se tomaba la merienda, que consistía en panecillos tiernos, arroz con leche, majarete, ó una taza de chocolate con bizcochos tostados. Las noticias del extranjero se recibían tardíamente, pues el único medio de comunicación con el exterior era por la vía marítima, cada cuatro ó cinco meses llegaba una goleta, y muy rara vez se detenía, de tránsito, uno que otro vapor. Bartolito y Barrios manejaban los dos únicos coches que había en plaza, y al toque de queda, automáticamente, todos los vecinos atrancaban las puertas y quedaban desiertas las calles y plazas, porque después de esa hora los únicos que tertuliaban eran unos cuantos trasnochadores habituales, algunos enamorados

galanes y jugadores de oficio. Cualquier suceso sin importancia, un bautizo rumboso, el matrimonio de una dama de alto copete, el cumpleaños de un ricacho, con un celemín de ahijados, la fuga de una doncella incauta, eran motivo de comentarios y conversaciones en toda la ciudad, aun muchos días después de haber ocurrido.

Un acontecimiento extraordinario vino a interrumpir inesperadamente la monótona existencia de los habitantes de la Ciudad Primada de América: la llegada de un circo de fieras. Este suceso trascendental fué algo así como un sacudimiento que conmovió a grandes y pequeños, a hombres y mujeres, dando pábulo a cuentos e historietas, pues era la primera vez que a la mayor parte de aquella generación se le presentaba la oportunidad de ver a un tigre real y verdadero, y no tan solo verlo de cerca, oírlo rugir, sino experimentar la intensa emoción que produce el peligro a que se expone el domador desafiando la ira de tan terrible animal.

La carpa del circo fué armada en la plaza «Colón», en donde todavía no había sido erigida la estatua del descubridor del Nuevo Mundo, ni existían los frondosos y corpulentos álamos que hoy la sombrean, sino espesos matorrales, que los muchachos de aquella época utilizaban para jugar al escondite.

En una de las funciones del circo de fieras, momentos antes de comenzarse, el público se dió cuenta de que el domador «había alzado el codo» más de lo que la prudencia aconseja, y que en el estado de ebriedad en que se hallaba era peligroso que se aventurara a entrar en la jaula de los tigres, que eran dos, uno grande, de Bengala, y otro pequeño, al parecer un cachorro, el cual estaba sujeto con una cadena. Otros cuentan que el tigre grande se encontraba esa noche de «mal humor», exacerbado por haberse comido un pavo vivo, que cometió la imprudencia de salirse del gallinero de don Dionisio Bernard y acercarse a la jaula de los felinos carniceros; y otros afirman que el domador no era tal, ni si-

quiera un simple aficionado, y que las fieras no estaban domadas.

Es el caso que había el temor, por una causa ó por otra, de que ocurriera una tragedia si el domador se decidía a entrar esa noche en la jaula de los tigres, y el sentimentalismo innato de los dominicanos brotó como un torrente, manifestándose en gritos de ¡qué no entre! Pero hubo una voz que exclamó de improviso: ¡pues si quiere entrar, que entre! En seguida se dividió la opinión, gritando unos desaforadamente ¡qué no entre! y otros pidiendo a voz en cuello ¡qué entre!

El director del circo hizo uso de la palabra para explicar al respetable público que el domador podía entrar sin peligro en la jaula de los tigres, y jugar con ellos, porque él los dominaba perfectamente.

Hecha esta advertencia, se calmó un poco el alboroto y el domador entró en la jaula de los tigres, armado de una barra de hierro que simulaba estar en

ascuas en una de las puntas, diciendo antes de entrar: «el hombre propone y Dios dispone».

El domador, ya dentro de la jaula, con soltura y sin ninguna turbación, hizo que el tigre grande lo obedeciera, ejecutando algunos movimientos.

Según unos, se le cayó la barra al domador y al agacharse a cogerla, el tigre grande lo derribó de un zarpazo en la nuca, dándole rápida muerte; y según otros, en un momento de descuido del domador, cuando daba la espalda para trabajar con el tigre pequeño, el otro lo atacó, no con la fiereza y agilidad con que acostumbran a hacerlo los felinos, sino más bien fué un abrazo, por cierto mortal, hundiéndole las garras en la carne.

Tan espeluznante tragedia causó gran excitación y sobresalto entre los espectadores, los cuales, sobrecogidos de terror, en la creencia de que muerto el domador y abiertas las compuertas de la jaula, los tigres se iban a salir, hu-

yeron despavoridos, como almas que lleva el diablo. Se produjo la consiguiente confusión y tropel, aumentado por el tiroteo de los que abrieron fuego sobre el tigre victimario, sin que, milagrosamente, los proyectiles mal dirigidos alcanzaran a ninguno de los fugitivos, ni a la fiera.

El gobernador de la provincia, **Alejandrito**, junto con unos pocos, después del primer momento de confusión y espanto, cuando todos los espectadores habían abandonado el circo, se acercó a la jaula, de donde trataban de sacar el cadáver del domador, a lo que se oponía el tigre grande, enardecido, dispuesto a no permitir el rescate de su víctima. Entonces **Alejandrito** apuntó con su revólver a la cabeza del tigre, para no dañar la piel, y le hizo un solo disparo, entrándole la bala por el ojo derecho. La fiera, herida de muerte, se desplomó, estirándose en las convulsiones de la agonía, la que duró unos cuantos minutos.

Mientras tanto, las numerosas personas que asistieron a la trágica fun-

ción, en su mayor parte del sexo fuerte, como un río que se desborda, corrían en distintas direcciones, llevando el pánico a todas partes.

En un abrir y cerrar de ojos se propagó de un extremo a otro de la ciudad la estupenda y pavorosa noticia de que el «tigre se había soltado». Los vecinos se dieron prisa en atrancar las puertas, armándose de garrotes, trabucos naranjeros, escopetas, sables y fusiles, dispuestos a no dejarse comer por el tigre sediento de sangre.

Cuentan que el comandante de armas corrió a la fortaleza y dió a la guardia la voz de ¡firmes! ordenando que al primer tigre que pasara le hicieran fuego.

Fonso Sancho se dirigía al trote hacia su casa por la calle de «Las Mercedes», y detrás de él iba en un velocípedo de dos ruedas, el primero en su clase que se conocía en aquel tiempo, don Manuel Liebre y Santos. Fonso al sentir el extraño ruido de los pedales del velocí-

pedo, miró hacia atrás, imaginándose en seguida que el farol encendido del artefacto eran los ojos centelleantes del tigre que lo perseguía; y, encomendándose a Dios y a todos los santos, puso tierra por medio a carrera abierta.

Don Manuel quiso sacarle el susto del cuerpo, gritándole: «No huyas, **Alifonso**, que es **Manué**». Pero entonces apresuró la carrera, en la creencia que las voces de don Manuel, eran nada menos que los rugidos del tigre enardecido.

Por fin, jadeante, sudoroso, pudo Fonso llegar a su casa, suplicando que le abrieran a prisa la puerta. Al entrar, quiso cerrar tan precipitadamente la puerta, que el faldón de la levita quedó preso. Al sentirse asido, y que no podía huir, Fonso creyó que era el tigre que lo había apresado, y se arrodilló, exclamando: «¡**tigrito**, no me mates, que soy un padre de familia, cómete a mi mujer!»....

Hubo quien se subiera por una de las rejas al techo de la casa de don Fé-

lix Delmonte, frente a la plaza «Colón», y después no sabía cómo bajar. Otro se asiló en la casa donde vivía don José F. Pellerano, en la calle «Del Conde», cerca del Palacio Consistorial, y cuando el dueño de la casa llamó a la puerta, se opuso rotundamente a que le abrieran, diciéndole a su esposa: «señora, por Dios, no abra, que es el tigre que toca».

Cuentan que Hernán Capricho a todo correr iba por la calle «Del Comercio», hoy «Isabel la Católica», y cuando alguien le preguntaba lo ocurrido, sin poder hablar, con la mano derecha, los dedos juntos, hacía ademán de engullir algo, con lo que quería dar a entender que el tigre se había «tragado al domador».

En el horno del café «La Diana», próximo al entonces palacio de gobierno, que hoy ocupa el Senado, se escondió uno, quien no encontrándose bastante seguro, pidió, como un gran favor, que le pusieran la tapa al horno.

Dicen que Zacarías Espinero se re-

fugió en la alcantarilla de la calle «Del Comercio», pero al acordarse de que el tigre es animal de cueva, y sentir las pisadas de otros fugitivos, creyó que la fiera se había metido allí, y puso pies en polvorosa, yendo a salir al lugar llamado «El Tanque», junto al río; y que Bonillita, al subirse a la reja de una ventana, para ganar el techo, otro que venía detrás le apresó, sin querer, los faldones de la levita, dándose por hombre muerto, en la creencia de que era el tigre que lo había alcanzado.

Además de los casos de afasia y amnesia momentáneas, no faltaron los desmayos y «pataletas»; perdiendo muchos en la fuga, zapatos, sombreros, bastones y joyas valiosas.

Prolijo sería enumerar, una por una, todas las anécdotas y accidentes de aquella memorable noche, con las cuales se podría llenar un libro. Pero antes de concluír, no puedo pasar por alto la reclamación del director del circo, quien, al saber que se atribuía la muerte del

tigre al gobernador de la provincia, pretendió que le pagaran el animal, basándose en que «era más fácil conseguir un hombre que un tigre».

SENTENCIA SALOMONICA

Para Arturo Pellerano Sardá.

Era don Félix Cuevas un hombre recto y justiciero, bondadoso y afable, conocedor, por la experiencia que dan los años, de la naturaleza humana. Durante mucho tiempo se dedicó al negocio de casa de juego, por lo que conocía íntimamente a todos los jugadores; del pie que cojeaba cada uno, si era fullero, amigo de pendencias, bueno ó mal tercio.

Una noche jugaban **poker**, entre otros, Manuel el Tamborero y Chucho Viejo. El primero, «una cándida paloma», hasta por encima de la ropa se le veía su simplicidad, incapaz de doblez y engaño, alegre, sosegado y pacífico. El

otro, un gavilán, mañoso y astuto, curtido en ardides, irascible, corpulento, trapisondista y con ínfulas de guapo.

La suerte, como otras tantas veces, le fué infiel esa noche a Chucho Viejo. No había forma de «ligar». Si aguardaba pares grandes para entrar, al pedir cartas lo que le entraba era «basura», siempre un 5 «impepinable» que lo perseguía tenazmente. Si entraba «cojo», era peor, entonces ni siquiera ligaba un par; y si se le ocurría «blofear» y mandaba «resto», se lo veían al salto. Cuando abría «ligado», pasaban todos y si alguno iba, lo «mataban» a última hora con una escalerilla de «sandwich», ó se le recostaban todos los «libres».

Chucho no necesitaba mucho para perder los estribos, y cuando la suerte lo abandonaba, mucho más pronto. Por tanto, el hombre antes de media noche estaba en ascuas, deseoso de encontrar con quien desahogar la cólera que lo cegaba. La primera víctima fué un 5 de copas, al que hizo pedazos a dentelladas,

tragándoselo después de masticarlo rabiosamente. Todo porque al pedir una carta, en vez de un caballo o un as que necesitaba para «ligar», le cayó el 5 de copas que lo perseguía sin descanso.

Poco después, un «obenque», que según Chucho lo «tenía seco», recibió de improviso un soplamoscos, con la advertencia de que si no se «largaba», le sucedería algo peor.

Se suscitó una discusión acalorada entre Chucho y Manuel el Tamborero con motivo de una parada engañosa. Cuando el altercado amenazaba degenerar en tumulto sangriento, se convino en llamar al dueño de la casa para que resolviera el caso.

Don Félix Cuevas colaba café en una habitación contigua. Preguntó qué ocurría, y cuando supo que lo llamaban para que diera sentencia en un caso surgido entre Manuel el Tamborero y Chucho Viejo, dijo: no quiero saber más nada, perdió Chucho Viejo.....

"EL ADELANTADO
BASILIO MENDEZ„

Para José M. Bonetti.

Allá por los años de 1868 al 1870, en la época que en la historia patria se conoce con el nombre de "la guerra de los 6 años", durante la cuarta presidencia de Báez, desempeñaba las funciones de comisario de la policía gubernativa de la Ciudad Capital, Basilio Méndez, a quien llamaban pomposamente el **adelantado,** hombre honesto, pulcro, enérgico, que llegó a infundir verdadero terror a grandes y a pequeños, porque era inflexible con los que, habitualmente, quebrantaban los preceptos legales, con enojo y mala voluntad contra sus adversarios políticos, a quienes perseguía con saña, por el solo hecho de ser **azules,** contrarios de los **rojos,** práctica u-

sual en aquél tiempo de atraso, cuando los de **abajo** tenían que hilar delgado, porque unos y otros al apoderarse de las riendas del gobierno consideraban, como cosa natural y justiciera, que los **enemigos** debían estar presos, alzados ó en el destierro, y la vida de un hombre era algo baladí y de poco peso.

Los adversarios políticos del comisario le llamaban con desprecio el **perro** Basilio, y decían de él que tenía un espíritu endemoniado, que era inhumano, perverso, sanguinario, y le atribuyen el siguiente hecho: cuentan que en el fusilamiento del esclarecido poeta Manuel Rodríguez Objío, cuando se encontraba en el supremo instante de la agonía, Basilio se inclinó sobre el cuerpo ensangrentado de la víctima, y agitando la mano derecha, con cruel deleite pronunció estas palabras: "escribe ahora, escribe ahora!"

En la época de este relato las oficinas de la gobernación ocupaban una parte de la Casa Consistorial, y en los bajos estaba la comisaría de la policía guber-

nativa ó diurna, porque de noche prestaban servicio los serenos.

Ejercía entonces las funciones de alcalde un señor de apellido Pina, al que llamaban el **alcaldote**, porque era un hombre corpulento y fornido; y hacía las veces de secretario un tal Reyito, astuto, habilidoso, capaz de meterse por el ojo de una aguja.

Parece que el señor alcalde, ya sea porque se dejaba dominar de su secretario, amigo de componendas, ó por idiosincracia, ó más bien por ignorancia, no era exacto y rígido en la observancia de las leyes, aplicando siempre el mínimo de la pena correspondiente, aunque se tratara de un empedernido reincidente, merecedor de castigo ejemplar.

Esta benevolencia del alcalde era causa de disgusto para el comisario Basilio, que no tenía paz con los ladrones ni con los delincuentes consuetudinarios, a los que, de serle posible, hubiera colgado uno a uno en sitio público para enseñanza moralizadora.

No tardó mucho el comisario Basilio en cansarse de la belevolencia del alcalde, hasta que por último resolvió administrar justicia por su propia mano. En el matadero consiguió, bien retorcidos y secos, una serie de vergajos de distintos tamaños y grosor, los que colocó, numerados, en su despacho. Cuando le llevaban algún delincuente, si era individuo de buenos antecedentes, y la falta cometida de poca monta, lo sometía a la alcaldía; pero si era un pájaro de cuenta, y de mala calaña, lo conducía el mismo al patio de la comisaría, y le aplicaba con uno de los vergajos, según la graverdad del asunto, cierto número de **vergazos,** acompañados de sanos consejos y de provechosas amonestaciones.

La **medicina** del comisario Basilio dió resultados admirables, y demostró que es una verdad el refrán que reza: "gato escaldado, del agua fría ha miedo". Se acabaron los reincidentes, temerosos de recibir sobre las espaldas desnudas las **caricias** de los vergajos del comisario Basilio.

LA MOCION DE LA GALLINA CIEGA

Para Agustín Aristy.

Una vez, el año no viene al caso, deseaba el Presidente de la República, que lo era entonces el general Ulises Heureaux, contratar un empréstito con el fin de aliviar la penosa y difícil situación financiera del gobierno; y pensó, como la cosa más natural, que el Congreso Nacional, unicamarista en aquella época, debía conferir amplios poderes al Ejecutivo para realizar empréstitos sin la previa autorización de la Cámara Legislativa, como lo requería la vigente Constitución.

El Congreso se reunía en el salón donde celebra sus sesiones hoy en día el Senado. En el mismo edificio estaban

instaladas las oficinas del Presidente de la República y las de sus Ministros.

Los diputados eran elegidos por colegios electorales, los cuales obedecían ciegamente las indicaciones del general **Lilís**, de tal modo que, salvo una excepción, el Congreso estaba siempre de acuerdo con las iniciativas del Presidente de la República.

Un día por la mañana, se hallaba reunido el Congreso, e inesperadamente se oyó esta expresión: "Salud, Nación".

Al darse cuenta de que esas palabras salían de la boca del Presidente de la República, los diputados se pusieron de pies.

El general **Lilís**, con las antiparras en la mano derecha y un legajo de papeles en la mano izquierda, medio a medio del salón, con voz pausada, y con la elocuencia que le era peculiar, expuso sin embages los apuros de la Hacienda, y la necesidad en que estaba el gobierno de conjurar, con carácter de urgencia, la peligrosa situación por medio de la con-

tratación de empréstitos. Declaró que tenía escrita una moción, con su correspondiente proyecto de ley, y que necesitaba que un diputado se hiciera cargo de ésta y la presentara al Congreso; pero como todos eran amigos suyos, se disputarían ese honor, y él no podía escoger a uno, para no dar que sentir a los demás.

—"Pero tengo un plan, dijo, yo me voy a retirar al extremo del salón y vendré sobre ustedes con los ojos cerrados, y aquel a quien le deje los papeles, ése será el que presentará la moción".

Dicho lo que antecede, se fué a un extremo del salón el Presidente, y de allí, dando traspiés, fingiendo que tropezaba con este ó aquel diputado, le puso el **muñeco** al diputado por la provincia de..... quien no obstante haber sido designado por el Presidente, solía echárselas luego de independiente y de que no entraba en "chanchullos".

El general **Lilís hizo** el aparato de que abría los ojos, y al ver al diputado

que la suerte había favorecido, dijo: "me felicito por haber caído en tan buenas manos; salud, Nación". Y se retiró haciendo reverencias.

Sudoroso, abatido, humillado, sintiendo sobre sí el peso de una gran pesadumbre, con voz apagada, el diputado afortunado, encontrándose entre la espada y la pared, no tuvo más remedio que presentar la moción, la que fué informada favorablemente y dada la ley; pero era tan monstruosa, que el mismo Presidente la echó en el canasto de los desperdicios.

El acta de esta célebre sesión nunca fué publicada, y la hizo desaparecer, según cuentan malas lenguas, una persona interesada.

La moción fué bautizada por el general Lilís con el nombre de "La gallina ciega".

"CAZADOR CAZADO"

Para Marino Cestero.

Tiempo atrás, ha cosa de treinta años, no era necesario ir muy lejos, como sucede ahora, para cazar palomas, ni ser buen cazador para matar buen número de ellas, pues entre los **piñones** de la «Sabana del Estado», en el sitio que hoy ocupa la plaza «Independencia», en las estancias vecinas, en la «Puertecita» de Galindo, en los potreros de Gervasio. y hasta en las azoteas de las casas intramuros, se podía tirar cómodamente, pues a la caída de la tarde ó al romper la aurora pasaban nutridas bandadas de palomas casi rozando las cimas de los árboles.

No había entonces las costosas escopetas de ahora, de cartuchos y repeti-

ción, con las cuales se tira más rápidamente y se hace mejor puntería, sino las escopetas vizcaínas de pistón y atacar por la boca, que exigían destreza, agilidad y «buen ojo».

Hoy en día, sea por los desmontes, ó porque la veda fué establecida muy tardíamente, cazándose todo el año, hasta en la época de la cría, las palomas cimarronas no abundan como antes, ni cruzan sobre la ciudad y contornos en grandes bandadas como antaño. Dicen los peritos en la materia que también el hurón, importado de Cuba para hacer la guerra a los ratones en los cañaverales, ha contribuído mucho al exterminio de las palomas, porque estos mamíferos carniceros no solamente se comen las posturas, sino también devoran los pichones. Los campesinos para acabar con alimaña tan dañina usan coco «guayado», que le agrada en demasía y le produce una diarrea infecciosa mortal.

Hasta en los sitios más retirados, en los antiguos tiraderos de «La Cale-

ta», «La Malena», "La Ciénaga", «Los Mameyes», «La Pendita», "La Travesía" y otros, cada año que pasa es menos abundante "la corrida", según típico decir, y los cazadores de oficio y aficionados, aprovechando ahora las carreteras y los fáciles medios de transporte, van a lugares lejanos, trepando a veces altas y escabrosas lomas.

En mayo, cuando madura el café cimarrón, se anidan las palomas. La hembra pone regularmente dos huevos, y en la cría siempre hay uno de cada sexo. El macho la ayuda a empollar, y en setiembre la pichonada comienza a volar. Cuando los campesinos oyen cantar muchos machos dicen que es señal de abundancia de palomas en el año.

El alimento principal de las palomas, **coronitas, turquesas** y **sanjuaneras,** son las frutas, con preferencia el café cimarrón en mayo, la cochinilla en junio, el guáramo en agosto, la cigua en octubre, el guayabón y palo de yagua en diciembre.

El mejor mes para cazar es el de

octubre, porque hay más palomas, y cuando están más gordas, debido a que en esa época madura la cigua, la fruta que más les agrada.

Cada cazador tiene su "palo", elegido cuidadosamente y preparado según todas las reglas del arte, y el que "entojinan" si es difícil de trepar. Todavía se citan como famosos el almácigo de Tontón Logroño en "Las Canas", y el «maricao» de Juan Antonio en «La Travesía». Los señuelos, de «caballito» o «tendido», son colocados estratégicamente en los sitios más visibles de los "palos". Gozaban de mucha fama los señuelos de los Escotos, de «Pajarito» y los de Manolo el de «La Gerezana». El señuelo "fresco", es el que más llama, y se hace con una paloma acabada de matar.

Los cazadores se apostan debajo de los "palos", encendiendo candeladas pa-ha ahuyentar a los mosquistos. Los "bancos" son los reclamos que ellos hacen para llamar a las palomas y juntarlas bajo el «palo». El «banco cerrado» lo hacen frotando una hoja con otra, que

imita el ruido de las alas, invitándolas a venir "bajitas". Cuando pasa una bandada ellos "recloquequean" para llamar la atención, y cuando un "macho primavera canta", llamando "corrida", no le tiran, en espera de que se reunan algunas hembras atraídas por el reclamo.

El incidente ocurrido hace años entre dos cazadores por la propiedad de un "palo", uno de ellos de los que llaman "clueco", que caza por afición, y el otro un ganapán, cazador de oficio, motiva esta sencilla narración.

Entre el "palo blanco" de Juan Bautista, en «La Loma» y el «algarrobo» de Tino Escoto, estaba el famoso "maricao" de Albencí, quien además tenía por allí un "escobón" no menos afamado. Las palomas, como atraídas por un imán, acudían a esos "palos" en tan gran número que el "zumbido" se oía desde muy lejos, y se necesitaba ser cazador novicio para errar un tiro.

«Palos» como aquellos de Albencí son siempre causa de discusiones y plei-

tos, pues el novicio que desconoce las reglas de la cacería, cuando se tropieza con unos de esos "palos" prodigiosos, no se pone a indagar si le es permitido ó no tirar allí, hasta que llega el dueño, y lo reclama, alegando con buenas razones, si es comedido y discreto, su indiscutible derecho de propiedad; pero si es camorrista, hombre quisquilloso, fácil de agraviarse con pequeña causa, sin parar mientes en lo que hace, sin decir esta boca es mía, se sube en el "palo" y tira al suelo los señuelos invasores, provocando con tal proceder una pendencia.

Diferentes veces Albencí encontró tirando en uno de sus "palos" a **Colorao**, a quien llamaban así por el color azafranado del cabello y por la piel rojiza, y con buenas palabras y mejores razones, le advirtió al usurpador que no debía hacer semejante cosa. **Colorao**, de mala gana, mascullando amenazas entre dientes, con fieras miradas y ademanes bruscos, cedía siempre; pero a veces alegaba que él era el legítimo dueño del "palo", contando una vieja historia, y se re-

sistía a abandonarlo, hasta que intervenían otros cazadores ó el Alcalde Pedáneo del lugar, y lo "convencían de torpeza".

Un domingo, por cierto 16 de agosto, llegó **Colorao** temprano al tiradero, y en la creencia de que Albencí no acudiría, porque los caminos estaban intransitables a causa de los fuertes aguaceros que cayeron en la madrugada, se subió, sin pensarlo mucho, en el "maricao" y colocó los señuelos.

Cuando **Colorao** encendía una fogata para ahuyentar a los mosquitos, de improviso se presentó Albencí, y sin decir media palabra, puso la escopeta junto al tronco del "maricao" y en un santiamén subió hasta las ramas más altas, tirando con fuerza uno de los señuelos.

Colorao le advirtió que no le tirara los señuelos, porque se iban a estropear; pero Albencí no hizo caso de la advertencia, y siguió tirando los señuelos.

Enfurecido, **Colorao** cogió la escopeta de Albencí y le hizo un disparo, hi-

riéndolo en el pecho y debajo de la barba, por suerte no de gravedad; y no conforme on el hecho, hizo pedazos la escopeta contra el tronco del "maricao", y sin dejar las palomas cazadas, puso tierra de por medio con la rapidez de un galgo.

A los gritos del herido en demanda de auxilio acudieron algunos cazadores, y lo ayudaron a bajar del "palo", curándolo de primera intención con pólvora y limón.

Cuando la infausta nueva llegó a la ciudad, los hijos de la víctima, armados de escopetas, acompañados de numerosos sabuesos, salieron en busca de **Colorao**, quien fué lo bastante prudente no permitiendo que le dieran alcance, y se entregó él mismo a la justicia, convencido de que siempre es preferible un año de cárcel que un "escopetazo con sal".

Desde entonces entre los cazadores es corriente este dicho: "más vale tirar al corso que en palo ageno".

LA AUDACIA DE LA IGNORANCIA

Para Salvador Otero Nolasco..

Para enmendar la plana no hay quien nos aventaje. En lo más perfecto encontramos siempre alguna imperfección, y sin parar mientes emitimos nuestro parecer, muchas veces por el prurito de contradecir, ó por hacer gala de omniscientes. Sin ser maestros de obras, ni tener el más ligero conocimiento de arquitectura, nos detenemos a ver cualquier edificación, y sin que nos pidan opinión, advertimos al constructor que el cornisamento es pesado, ó que se nota a simple vista el desnivel de alguna columna.

No solamente nos limitamos a opi-

nar, sino que también, en un caso fortuito, hacemos de sastres sin haber hecho nunca una zurcidura, ó de carpinteros sin saber lo que es un serrucho, ó emprendemos la más difícil empresa a título de **curiosos**, "salga el sol por Antequera y póngase por dondequiera".

Así le amputamos un pedazo al péndulo del reloj aquél de la catedral, diciendo que era "demasiado largo"; dispusimos darle una mano de barniz a la estatua de bronce de don Cristóbal Colón, que se levanta en la plaza que lleva el nombre del ilustre descubridor; y cuando montamos alguna maquinaria, siempre sobra algún tornillo, ó es necesario hacer una que otra enmienda.

En tiempo del Arzobispo Roque Cochia, se trató de arreglar el magnífico órgano de la catedral.

Vivía entonces en esta ciudad histórica un señor llamado don Francisco de Arredondo y Miranda, que se las echaba de músico, y quien tenía un establecimiento de instrumentos musica-

les en la calle del«Arquillo», hoy «Arzobispo Nouel».

Don Paco, además de que gozaba de excelencia en su profesión, adquirida gracias a los milagros que hace la buena fama, casi siempre encubridora de hurtos, era extrangero, condición que aumentaba la autoridad que le daban sus conocimientos artísticos.

Naturalmente, para reparar el órgano fué llamado don Paco, quien sin la menor vacilación ni escrúpulo, puso mano a la obra.

Aquello fué la degollación de los inocentes. Recortó don Paco los tubos porque eran muy largos; embadurnó las junturas con jabón ordinario, para que el aire no se escapara, e hizo un sin fin de diabluras.

Después de arreglado el órgano, no hubo cristiano que lo hiciera sonar armónicamente. Y abandonado estuvo durante buen número de años, como cosa inservible, hasta que llegó a esta Ciudad de los Colones don Ciriaco Landorfi, quien con paciencia que lo ha hecho

merecedor de figurar en el catálogo de los santos, enmendó como pudo los daños causados por don Paco, viéndose obligado a fabricar tubos de su propia inventiva y un fuelle. Desde entonces suena armoniosamente el órgano, y los fabricantes alemanes recuperaron su buen nombre, puesto en tela de duda por don Paco, que quiso disimular su ignorancia y osadía, achacando el descalabro a defectos de fabricación.

COMO SE ESCRIBE LA HISTORIA.

Para Paino Pichardo.

Las numerosas guerras intestinas que asolaron a la República, la falta de comunicaciones con el exterior, y la indolencia e incuria de los gobernantes, que en todo se ocuparon, menos en dar a conocer al país en el extrangero, contribuyeron a que hasta hace poco existiera la creencia, allende los mares, de que los dominicanos éramos algo así como salvajes feroces, y que el prójimo que se aventuraba por estos trigales, debía antes hacer testamento, porque era un milagro si escapaba con vida.

Bien dice el refrán que "unos tienen la fama y otros cardan la lana". A-

quí toda la vida los extrangeros han gozado de privilegios excepcionales, contrariamente a lo que sucede en otros países, donde las legislaciones favorecen a los nativos. Puede decirse, sin pecar de exagerado, que en esta tierra de las grandes contradiciones, "es una profesión ser extrangero". Y que no obstante nuestras **trifulcas**, vive uno con mayor seguridad que en el punto más céntrico de las populosas ciudades de Nueva York, Londres ó París.

* * *

Momentos antes de la llegada de los vapores de pasajeros, los cocheros y carreteros se apostan estratégicamente en los sitios inmediatos al muelle de este puerto, en busca los primeros de los pasajeros para conducirlos a los hoteles, y los segundos para el transporte de los equipajes.

Unos y otros, cuando el vapor atraca al muelle, se acercan, empeñándose en conseguir **flete**, y ofrecen sus servicios a voz en cuello, con gestos y ademanes

grotescos, y a veces se disputan la **presa**, reclamando cada cual la preferencia.

Cuentan que una vez llegó a este puerto el representante de una fábrica de telas, y cuando se disponía a bajar a tierra, **Titi** el carretero desde el muelle comenzó a hacerle señas, ofreciéndole transportar los bártulos por un precio módico. Vinieron otros carreteros y de una vez, al ver que se trataba de un buen **pargo**, todos quisieron atraparlo, promoviéndose el consiguiente alboroto.

—"¡Déjalo que baje, ya está devorado! Esclamó **Titi**, con una señal expresiva, dando a entender que la **presa** era suya.

—"¡No lo salva ni el médico chino!" Dijo otro.

Al oír esta sexclamaciones, y ver la actitud resuelta de aquellos hombres armados de largos y afilados cuchillos, llamados **tonopuenes, cachas picadas y siete clavos**, el representante de marras, que de antemano estaba receloso a causa de las historias espeluznantes que le

habían contado de los dominicanos, se imaginó en seguida que si bajaba a tierra lo cosían a puñaladas, y no encontrándose seguro junto a la borda, se refugió en su camarote.

En vano trató de convencerlo el Capitán del barco de que podía bajar a tierra, sin temor alguno. Vino el cónsul americano y tampoco logró hacerlo desistir de su propósito de no visitar la Ciudad, y de continuar viaje en el mismo vapor.

Dos días estuvo en el puerto el vapor y nuestro hombre durante todo ese tiempo, permaneció a bordo, sin acercarse un solo instante a la escala.

Imagínese el lector lo que este prójimo contaría de nosotros a su regreso al solar nativo....

GUAPO DE FAMA.

Para Ernesto Bonetti Burgos.

No sabe el mismo Demallistre cómo un sábado en la tarde fué a dar al café **El Idilio,** junto a las ruinas del histórico castillo de San Gerónimo. Ni sabe tampoco cómo se encontró de buenas a primeras sentado a una mesa en compañía de Macho. Ni mucho menos se ha podido explicar, el por qué de su "debilidad" esa tarde por el anisete, que llaman "levanta falda", cuando en materia de "tragos cortos" él aborrece las bebidas dulces, y no cambia por nada el añejo ron banilejo ó el brandy de tres cepas. Pero, cuando las cosas van a suceder, no hay quien las detenga.

Es el caso que Demallistre y Macho, sin ser amigos, ni conocidos, un sábado en la tarde se encontraron en **El Idilio.** El primero invitó al segundo a tomar una copa y la invitación fué aceptada. Detrás de la primera copa vino la otra, y al llegar a la docena, Demallistre y su compañero encendieron sendos cigarros.

—Muchacho, ordenaba Demalistre echando grandes bocanadas de humo, repite eso. Y el mozo de la cantina obedecía presuroso lo ordenado, llevando la cuenta con rayas trazadas sobre la pared.

Macho comenzó a contar a Demalistre los sangrientos combates en los que había tomado parte, las proezas y hazañas por él realizadas: cierta vez de un solo machetazo decapitó a un tal **Ojo Gordo,** que era un **barraco;** y en una una ocasión se **apechó** con Olegario el de Los Mameyes y lo dejó que tirara primero, yéndole encima, bajo el humo, y le partió el corazón de una puñalada. En fin, entre fusilados y muertos en lances personales, Macho tenía un cementerio.

Demallistre le cogió miedo a Macho, y para demostrarle lo contrario, sacando fuerzas de flaqueza, con una verbosidad y elocuencia que solamente el anisete y el miedo pueden inspirar, le dijo:— oiga, amigo, Ud. no sabe con el hombre con quien está hablando, yo los mato por verlos caer y le como el hígado al más guapo. Y esta última palabra la dijo Demallistre, acompañada de una interjección que no se puede repetir, abriendo desmesuradamente los ojos, al mismo tiempo que daba un golpe sobre la mesa que hizo caer al suelo las copas a medio vaciar.

Macho, acobardado, quiso dar explicaciones a Demallistre, quien se negó a oírlo, bufando como un toro bravío.

—¡Aquí no hay más guapo que yo! Esclamó Demallistre, ordenando al cantinero que sirviera dos anisetes "bien pronto, si no quería que la sangre corriera". El pobre diablo, más muerto que vivo, viéndose ya sumergido en un río de sangre, puso pies en polvorosa, y fué a avisar al dueño del establecimiento lo

que ocurría; y éste, que era un hombre de los de «pelo en pecho» y «tabaco en la vejiga», se armó de un **brogó**, e hizo acto de presencia, preguntando al entrar, con gran serenidad: —¿Qué pasa aquí?

Demallistre, viendo que las cosas se complicaban, llamó aparte a Macho y al dueño de la casa, y les dijo con voz de arrepentimiento:— Es más el ruido que las nueces, todo eso de guapo solamente es fama.....

UN NEGOCIO COMO POCOS

Para Alfredo Ricart Olives.

El desprendimiento del General Lílís era proverbial. Cuando algún amigo, acosado por la desgracia, solicitó su ayuda, siempre fué atendido con largueza. Todo el que se hallaba en un apuro, ó que necesitaba abrirse paso, acudía al General, quien era el paño de lágrimas de los desvalidos y menesterosos; y si no alcanzaba lo que deseaba, por lo menos recibía un buen consejo, ó le contaba algún cuento que era una enseñanza provechosa.

Celedonio Alcántara, hombre de vivo ingenio, locuaz, que se "metía por el ojo de una aguja", concibió un plan pa-

ra salir del atascadero en que se hallaba. El plan no era otro sino conseguir de Lilís a título devolutivo, con el pretexto de emprender un negocio pingüe y mantecoso, cuatrocientos **matacanes.** El buen éxito de la gestión dependía de que Celedonio lograra conmover eficazmente al General, ejerciendo influencia en su ánimo por medio de la elocuencia y fuerza de expresión, para ver si "tragaba el anzuelo" sin descubrir la engañifa, cosa difícil, porque para astuto no había quien le fuera en zaga al General.

Una mañana muy temprano Celedonio tuvo oportunidad para entrar en acción. Sin pérdida de tiempo, porque la "ocasión la pintan calva", puso manos a la obra. Comenzó por alabar su capacidad y disposición natural para el buen desempeño del negocio que deseaba emprender. Lo único que necesitaba era ayuda monetaria. El negocio era una crianza de gallinas. No había que invertir una fuerte suma de dinero y las ganancias eran fabulosas. Cada ave se comía tanto de maíz al año y ponía tantos

huevos, los que vendidos a tanto, dejaban una utilidad neta de tanto. Hasta las plumas se vendían para almohadas y el excremento para abono. Además, Celedonio era dueño de un secreto que contribuiría a aumentar las utilidades: una alimentación especial, muy barata, gracias a la cual las gallinas ponían mayor cantidad de huevos y más grandes; y unas píldoras maravillosas para impedir la cluequera.

El General, durante todo el tiempo en que Celedonio hizo uso de la palabra, no lo interrumpió una sola vez, sonriente, al parecer embelesado en oír tan prodigioso e interesante relato.

Por último, cuando Celedonio concluyó de "vaciar la alforja", el General le puso las manos sobre los hombros y le preguntó— ¿Oiga, amigo y Ud. no cuenta con el mosquillo?.....

"EL DESTINO
INEXORABLE",

Para Francisco Martínez.

Pancho Saviñón era un hombre sumamente impresionable, nervioso, y vivía siempre dominado por aprensiones que lo torturaban y lo hacían cometer actos ridículos. Una frase equívoca, una mirada maliciosa, eran lo suficientes para que Pancho se extraviara haciendo conjeturas, y de una vez diera por sentada y existente la primera cosa que se imaginara.

Una vez, en la época **liliciana**, el gobernador civil y militar de la provincia, que en aquél tiempo era la autoridad suprema en su jurisdicción, envió a un agente de policía a buscar a Pancho para encomendarle el cuido de unos gallos que

había recibido de Puerto Rico. El agente no pudo encontrar a Pancho y le dejó recado de que el gobernador deseaba verlo. Al enterarse Pancho de que un agente de policía lo buscaba en nombre del gobernador, en seguida se vió con un par de grillos, en un calabozo tétrico y luego en camino del tristemente célebre Aguacatico; y se dió a la fuga, escondiéndose de tal manera, que a los quince días nadie sabía su paradero, hasta que un pariente, quien desempeñaba un alto cargo en el gobierno, lo sacó del escondite, convenciéndolo de que su vida no peligraba, y que no lo buscaban para aprehenderlo, sino para entregarle unos "faisanes" llegados de Puerto Rico.

Pancho era el prototipo de los galleros. Su verbosidad inagotable, la manera peculiar de expresarse, sus gestos y ademanes, hacían de él un tipo raro, interesante y ameno. Su fogosidad, entusiasmo y vehemencia, pasaban los límites de lo concebible, y llegaron al extremo de impulsarlo a cambiarse el ape-

llido, empeñándose en que lo llamaran Pancho Gallo; y a su compadre **Chiro** le arrancó la promesa de que a su muerte, en vez del símbolo cristiano, le pusiera sobre la tumba un gallo, promesa que no pudo ser cumplida por oponerse a ello los familiares.

Resulta que don Telésforo tenía un gallo de Baní, al que pusieron por nombre **Escoba,** porque peleaba arrastrándose por el suelo, dando muerte a los contrarios por los "encuentros" en los reburujones, o partiéndole el "nudillo".

Pancho deseaba ardientemente vencer a **Escoba,** no solo por la fama de "matón", y porque era de su compadre Telésforo, sino porque le había muerto los mejores gallos de su "**traba**".

Pancho consiguió con Trinidad Sirí un pollo "jiro" de Jarabacoa, en el cual puso todas sus esperanzas para vencer a **Escoba,** y no tardó mucho en enamorarse del futuro campeón, reconociéndole cualidades inmejorables, y las condiciones necesarias para vencer a **Escoba**: era guapo como un león, fogoso, una te-

naza cogiendo abajo, un rifle en la batida y fino a la espuela, un verdadero "fenómeno".

Un sábado en la noche, víspera del gran combate, en el café de **Malú** frente a la plaza de Colón, donde acostumbraban reunirse los galleros, explicaba Pancho a Nene Cabezón, entre sorbos de café y bocanadas de humo, el prodigio que era el pollo "jiro" de Jarabacoa, y la seguridad que tenía de que se ganaba a **Escoba.**

En ese mismo momento llega Luis Salomón, un sabio en materia de gallos, y le dice a Pancho en tono profético: —oye, Pancho, déjate de hablar tonterías, **Escoba** se le pega dos veces al buche a ese «jiro» y lo «larga muerto como un zapato».

Pancho, impresionado por la sentencia de Salomón, se queda pensativo un rato, las piernas cruzadas, el brazo derecho extendido, sacudiendo con un dedo la ceniza al cigarrillo que fumaba. Luego, como quien despierta de un profundo sueño, le dice a Cabezón con voz de

convencimiento:— Y se le pega dos veces al buche y lo larga muerto, como un zapato, Cabezón.....

Y efectivamente al otro día domingo, pesan a **Escoba** y al pollo "jiro", salen al fiel, y cuando se "fajan", **Escoba** se le pega dos veces al buche al "jiro" y lo "mató como un zapato".....

"EL BURRO ME ESTA PATEANDO."

Para M. Martín de Moya.

En las postrimerías del gobierno que presidió el General José Bordas Valdés, allá por el mes de setiembre de 1914, la plaza de Santiago de los Caballeros, comandada por el General Manuel Sánchez, estaba sitiada por las fuerzas revolucionarias capitaneadas por el General Desiderio Arias.

Ni los sitiados cejaban en la defensa de la plaza, dispuestos a quemar el último cartucho, a vender bien caras sus vidas, y a sufrir toda clase de privaciones antes que rendirse; ni los sitiadores cejaban tampoco en el asedio, resueltos a rendir la plaza por hambre, ya que por

falta de arrojo, ó por no disponer de los elementos necesarios, no creyeron prudente lanzarse a la arriesgada empresa de tomarla por asalto, a sangre y fuego, después de realizar algunas intentonas infructuosas.

Al correr de los días el asedio se fué estrechando cada vez más, hasta que llegó el momento en que se agotaron los bastimentos. Entonces hubo necesidad de recurrir a las raíces y plantas silvestres, y por último fueron sacrificados caballos, mulos, burros y hasta perros y gatos, de los que había un buen número dentro de la ciudad, porque cuando aprieta la necesidad no se repara en delicadezas, o en otras palabras, "a gran hambre no hay pan malo, ni duro ni bazo".

Muchos de los sitiados al principio se resistieron, dominados por una repugnancia natural, a comer carne de burro; pero el "hambre y esperar hacen rabiar", y uno a uno fueron cediendo los más rebeldes.

Entre los defensores de la plaza se

hallaba el célebre Gollito Polanco, muy conocido y afamado por la originalidad de sus cuentos y anécdotas, llenos de sal y pimienta.

El General Gollito se resistió tenazmente a comer la carne del cuadrúpedo orejudo, y sufrió, resignado, la tortura del hambre, sin perder su buen humor, mostrándose siempre alegre y complaciente. Cuando lo instaban a que abandonara su obstinada resistencia, enseñándole un solomillo bien adobado, se le hacía la boca agua, y cerraba los ojos. diciendo:— "ni mi **taita** me hace comer jumento".

Pero lo que más preocupaba a Gollito, no era tanto la carencia total de géneros comestibles, sino la imposibilidad de **pegarse los tragos** acostumbrados, debido a que el jefe de la plaza había prohibido a la tropa, bajo pena de muerte, usar bebidas alcohólicas, en previsión de posibles desórdenes y atropellos.

Por fin el hambre venció la resistendia de Gollito, y un día que mataron un borrico que no era **hechor**, se decidió

a "tomar un bocado". El mismo jefe de la plaza le sirvió una porción, de la parte más tierna.

En seguida Gollito se recostó en una hamaca, dándose fuertes meceduras, inconforme porque le hacía gran falta un buen trago de ron para "ayudar a la digestión".

Desesperado, a eso de las dos horas de la tarde, Gollito no pudo contenerse, y comenzó a dar voces, llamando al General Sánchez, quien acudió presuroso, creyendo que una bala de los bolos lo había herido.

—¿Qué te pasa, Gollito? Le preguntó algo asustado.

—Nada, Sánchez, búscame pronto un trago de ron, que el burro me está pateando.....

"LOS PUERCOS DE JOSÉ DOLORES".

Para Miguel Guerra Parra.

Quien quiera saber lo que es "meterse en camisa de once varas", que se deje seducir por los consejos de algún pariente, compadre ó amigo expertos en achaques de agricultura, y emprenda el negocio de una siembra de habichuelas ó maíz, una crianza de gallinas ó cerdos, a partir ganancias con el encargado de llevar a feliz término la empresa: todo se hará sal y agua.....

Papí, en tiempo de su mayor opulencia, compró un potrero para la cria de ganado vacuno, negocio al que se dedicaban antaño los ricos, más bien como

un entretenimiento lucrativo, que con el fin de aumentar sus riquezas.

José Dolores el **Mocho,** de la gente de confianza de **Papí,** hombre de los de pelo en pecho, ladino, astuto y sagaz, estando sin blanca para las fiestas de Nuestra Señora de la Altagracia, que se celebraban con gran magnificencia en Monte Palta en al época de este relato, ha cosa de seis lustros, ideó una forma fácil de allegar fondos. Dijo a **Papí** que no había negocio más pingüe y mantecoso que la crianza de cerdos, máxime cuando se tenía un lugar apropiado, con muchas palmas y agua abundante, como lo era el potrero. Con trescientos pesos se podía comprar gran número de puercos en Monte Plata, donde casi los regalaban, cada **choncho** del tamaño de un elefante. Y un hombre como él, habilidoso, conocedor del lugar y de la raza porcina, era el más llamado a realizar la compra de los cochinos.

Tanto insistió José Dolores, que al fin **Papí** convino en el negocio, y le entregó los trescientos pesos, en **morocotas**

relucientes, porque el oro acuñado ejerce mágica influencia en el ánimo de los campesinos. También le dió cartas de recomendación para el cura del lugar, para el boticario, alcalde, jefe comunal, amigos y compadres y cuando José Dolores fué a despedirse, le dijo: —"Oiga, compadre, Ud. sabe que yo no como pelo de puerco".

Cuando José Dolores llegó a Monte Plata estaba la fiesta en su apogeo. En todas partes se bailaba y se oebía sin descanso, y no tardó mucho el **Mocho** en meterse en holgorio, no permitiendo que nadie pagara un **trago** donde él estaba, a fuer de hombre espléndido y adinerado.

Don Saturio, que se hallaba en Monte Plata en ciertas averiguaciones judiciales, tropezó con José Dolores y allí fué Troya, porque no hay nada que infunda más entusiasmo que encontrar a un viejo amigo ó conocido en sitio lejano y entre gente extraña, principalmente cuando uno está predispuesto, por circunstancias especiales, a expansiones en

los afectos generosos ó alegres del ánimo.

Al otro día de su llegada a Monte Plata, José Dolores puso a **Papí** el sigiente, lacónico y ambiguo telegrama: "he triunfado en toda la línea". Y por dedución lógica, pensó **Papí** que el **Mocho** había realizado algún magnífico negocio.

Al transcurrir una semana, comenzar otra, y no aparecer José Dolores ni los puercos, **Papí** se dijo: "aquí hay gato entre macuto", no hay duda que he sido engatusado.

Dundún, enviado por **Papi**, bajaba todas las mañanas a la **Playa** a informarse si alguien, entre la gente de Monte Plata, había visto a José Dolores y a los puercos. Todos declaraban haber topado con el **Mocho** en más de una ocasión, alabando su generosidad y desprendimiento; pero nadie daba razón de los puercos.

Regresó don Saturio y en seguida fué a ver a **Papí**. Le habló de las proezas

de José Dolores, de su prestigio, diciéndole: «qué amigo tienes, **Papí**!» «Ese es un hombre que te quiere». Pero de los puercos, no dijo nada.....

José Dolores, después que gastó la última **morocota**, tomó a préstamo algún **menudo**, utilizando para ello las cartas de recomendación de que era portador; y por último, se resolvió a regresar, contando de antemano con la bondad de **Papí** y con algún subterfugio para salir del atolladero en que se había metido.

Una mañana, cuando menos lo esperaba, recibió **Papí** la visita de José Dolores, quien le devolvió el capote y el revólver que le había prestado, entregándole un sin número de cartas, poniéndolas amontonadas sobre el escritorio.

—«¿Y los puercos?» Le preguntó **Papí**, mirándolo fijamente entre los ojos.

—"Lea, lea". Le contestó José Dolores, señalándole el revuelto montón de cartas.

Papí leyó una, dos, tres, cuatro cartas. Eran de amigos y compadres, quie-

nes acusaban recibo de las misivas llevadas por José Dolores, a quien ponían por las nubes, alabando su caballeroso comportamiento y esplendidez.

—"Pero, bueno, no veo los puercos". Arguyó **Papí**, suspendiendo la lectura de las cartas.

—"Lea, siga leyendo". Replicó José Dolores. "Ahí, están los puercos. Si no, pregúntele a don Saturio".

Días después comenzó **Papí** a recibir cartas de Monte Plata, cobrándole algunos **piquitos** que quedó a deber su compadre, el **Mocho.**

Entonces, llamó a José Dolores, y enseñándole las cartas de cobro, le dijo irónicamente: "compadre, lea, ya están llegando los puercos".

"ARISTIDES EL GUIRÉRO O UN MUERTO QUE RÉSUCITA".

Para Rafael Bordas.

Arístides el Güirero y otros compañeros músicos fueron contratados para tocar un baile de empresa en la vecina ciudad de San Pedro de Macorís. Sábado, al empezar a caer la tarde, salieron por la carretera en una guagua-automóvil a cumplir la contrata. Todos estaban alegres, decidores; unos reían celebrando algún chiste, otros cantaban, y de mano en mano circulaba sin descanso una damajuana llena de ron "para matar el ocio del camino".

Los bulliciosos excursionistas pidieron al chófer que corriera a la mayor velocidad posible. El reclamo fué atendido. Cuando más aprisa iba la guagua, uno de los neumáticos de las ruedas de-

lanteras explotó, haciendo que el vehículo diera varios saltos, desviándose hacia una zanja de la carretera.

Entre los músicos este accidente repentino causó grande alarma y sobresalto: unos cayeron de bruces en los asientos y sobre el piso, y otros se arrojaron desde la puerta de entrada a la carretera, temerosos de que la **guagua** en la carrera loca se estrellara contra un poste ó se volcara.

Arístides el Güirero se dejó caer a la carretera, con tan mala suerte, que cayó de espalda, fracturándose la base del cráneo, y pocos momentos después era cadáver.

Había en la ciudad dos Arístides, del mismo color, apellido y profesión. El cadáver, envuelto en una sábana, fué conducido a la casa residencia de uno de los Arístides; pero no a la del muerto, sino, por equivocación, a la del vivo, quien en ese momento tocaba en un baile que se celebraba en el barrio de San Carlos.

La presunta viuda no se atrevió a destapar al difunto para ponerle la mortaja, y se deshizo en lágrimas, lamentando, desconsolada, el triste suceso.

—Tan bueno, decía élla, tan inofensivo y cariñoso, y qué triste muerte la suya! Su único defecto eran esos malditos **tragos** y la debilidad por las mujeres.

Ya de madrugada, se acercó uno de los del velorio al catre donde yacía el difunto, y después de permanecer silencioso un rato, dijo que no deseaba irse sin ver por última vez el rostro a su amigo. Levantó la sábana que cubría la faz del occiso y retrocedió, sobrecogido de terror. El muerto no era el que todos presumían, sino el otro Arístides, el de **Tenena.**

En ese mismo instante hizo acto de presencia el supuesto difunto, dando tumbos como barco en lastre, y al enterarse de lo ocurrido, exclamó indignado:—¡Llévense este muerto de mi casa!

"Y VUELVO A GUIBIA".

Para Luis E. Pou H.

El General **Lindito** pasea día y noche por calles y plazas su apergaminada, enjuta y fanfarronesca figura. En todos los grupos se detiene, arrogante, haciendo señales misteriosas, como quien desea decir un secreto y no se atreve, con ínfulas de hombre intrépido y valeroso, conocedor de las intrigas, enredos y embrollos políticos. Guiña con frecuencia los ojos, se riza el bigote chino, mira con cautela a uno y otro lado, tose, escupe, hace ademán de sacar el revólver, con aspavientos y mohines grotescos; ó masculla, confusa, incoherentemente, con frases entrecortadas, una revelación secreta, una noticia reservada, que él

pretende tiene gran significación e importancia; ó desenrolla un legajo de papeles viejos, que finge leer a media voz, con frecuentes pausas, para mirar con recelo a todos lados, temeroso de ser observado recatadamente por algún esbirro.

Cuando el General **Lindito** se siente inflado por ardores bélicos, ese día saca a relucir su sable seibano, y se ata en la cabeza un pañuelo rojo, repitiendo ante cada grupo su dicho favorito —"Y vuelvo a Güibia"— Expresión que se ha hecho popular, y que encierra una amenaza, pues se refiere a la hazaña realizada por el General **Lindito** en el derrocamiento del gobierno de **Alejandrito**, cuando él vino en la avanzada, disparando los primeros tiros en Güibia, que produjeron gran alarma y sobresalto en la ciudad capital, donde se creyó, en ese momento, que los revolucionarios iban a tomar la plaza a sangre y fuego.

De vez en cuando el General **Lindito** entra a una pulpería y ordena una toma de ron y un cigarro mocho, y gol-

golpeando con la hoja del sable sobre el mostrador, desafía a que le cobren: tan leal defensor del gobierno no debe pagar tales menudencias.....

"COSAS DE LEGHUGA".

Para Rafael Damirón.

Cuando la **desunión**, en el año 1904, las fuerzas revolucionarias, en crecido número, con pertrechos abundantes y algunas piezas de artillería, sitiaban estrechamente la Ciudad Capital, que con Sosúa, en Puerto Plata, eran los últimos reductos del gobierno que presidía provisionalmente el general Carlos Morales Languasco, hombre intrépido, de vivo ingenio, capaz de realizar las más arduas y arriesgadas empresas.

El gobierno, sin recursos, acorralado, se sostenía a duras penas, debido al heroismo de un puñado de adeptos, dispuestos a resistir hasta lo último, a morir junto a las trincheras, que detuvie-

ron en su avance asolador a la ola revolucionaria.

A cada rato empleaba el gobierno tretas ingeniosas para desorientar al enemigo. Una noche en todo el recinto amurallado fueron quemados fuegos artificiales, con grande estruendo y vocinglería, toques de cornetas, tambores y música en las calles y fuertes.

Al otro día los periódicos de la localidad dijeron que todo el alboroto se debía a una aplastante victoria alcanzada por las tropas del gobierno en los alrededores de Santiago. La noticia llegó a oídos de los sitiadores, y causó entre ellos grandes alarma y desasosiego, sin que descubrieran que se trataba de una mera engañifa.

Entre los defensores del gobierno se encontraba don Francisco Arjona y Lechuga, de oficio barbero, eterno aspirante a una jefatura comunal, héroe de mil historietas que ponen de relieve su ignorancia y candidez infantiles.

Diligenciaba el gobierno con el Cónsul

dominicano en Caracas, Venezuela, la adquisición de un pequeño buque de guerra; y en una ocasión en que se comentaba acerca de este proyecto en presencia de Lechuga, se habló del desplazamiento del buque, su armamento y los caballos de fuerza de su maquinaria.

Lechuga, que escuchaba atentamente los interesantes detalles, cuando se habló de los caballos de fuerza, con señales de aprobación, muy alborozado, para no quedarse atrás, como quien pone una pica en Flandes, dijo con mucha naturalidad: "y los caballos servirán para hacer la recorrida".....

LA VENGANZA DE FELIPILLO.

Para Pedro A. Ricart.

Felipillo cuando se acercaba la fecha de sacar la patente de su coche, a principios de año, siempre se veía en grande aprieto, "con el agua al bozo", porque el negocio no producía lo suficiente para la diaria manutención de la familia y del jamelgo, y para atender a las reparaciones de los desperfectos que con frecuencia sufría el vehículo, que por los muchos años de servicio activo, subiendo cuestas empinadas y pedregosas, recorriendo calles polvorientas y llenas de hoyos, era "una ruina ambulante". Además, Felipillo por su edad avanzada y por su manera de ser, bondadosa y jovial, era una víctima propicia

para los **cuberos**: la mayor parte de las carreras que daba, principalmente a altas horas de la noche, eran al fiado.

Casi siempre le concedían plazos a Felipillo, más ó menos largos, según el apuro financiero en que se encontraba, para que pudiera sacar la patente, sin cobrarle los recargos, permitiéndole trabajar con el **número viejo.**

Pero, la política, que no tiene miramientos, y mantiene vivos los rencores, se ensañó con Felipillo, víctima de las iras del truculento comisario de la policía, quien al no poder pagar Felipillo el derecho correspondiente, le prohibió que ejerciera su profesión hasta que sacara la patente.

Tres meses estuvo Felipillo sin poder circular por las calles con su coche en busca del **amanezca.** Llegó el mes de marzo, y se produjo la asonada del 23. Esto fué en el año 1903.

Felipillo tomó parte en el pronunciamiento. Con un grupo de revolucionarios se apostó detrás de la estatua de Colón, en la plaza del mismo nombre, a-

briendo fuego sobre la comisaría de la policía municipal, que estaba en la planta baja de la Casa Consistorial.

—¡Toma patente! Exclamaba Felipillo, cada vez que disparaba su 50-70.

El comisario se vió obligado a saltar las paredes de los patios vecinos, asilándose en un consulado.

Felipillo, contaba luego su hazaña terminando siempre con el estribillo de "a cada uno le llega su San Martín".

LOS JUGADORES DE BILLETES DE LOTERIA.

Para Augusto Chotin.

Cada ente, aunque a simple vista parezca exagerada la aserción, es un esclavo de las supersticiones. Muchas veces, no solamente es un esclavo de sus propias supersticiones, sino que también lo es de las agenas. No influye el grado de la facultad intelectiva, los conocimientos científicos, la educación doméstica, el medio ambiente, el sexo, la edad ó la posición financiera: unos más que otros; pero todos somos superticiosos, aunque sepamos que esta creencia es contraria a la razón y a la fe religiosa.

Un tipo interesante de supersticioso, por sus múltiples manifestaciones y aspectos, es el jugador de billetes de lo

tería. En lo más mínimo ve ó adivina algo favorable ó fatal; cree en buena ó mala sombra, en sueños y alucinaciones, en combinaciones numéricas, en la virtud sobrenatural de los amuletos, en cábalas y hechizos.

Cada jugador tiene lo que ellos llaman su "bitácora". A unos les gustan los números apareados, ó que rematen en pareja; otros los que terminan como principian, ó que tengan uno más ceros en el medio, ó con números repetidos, ó en escala ascendente ó descendente. Unos solamente juegan los billetes con números que sumados unos con otros den un total de trece ó que terminen en esta cifra; otros, devotos de la Chiquitica de Higüey, los que sumen 21; otros juegan el número que corresponde al año del natalicio del primogénito, ó al año en que se casaron, ó que conmemora algún hecho histórico: el año de la Independencia y de la Restauración, de la batalla de Santomé, Palo Hincado y Las Carreras, del ciclón de Lilís, de la tormenta de San Severo, del hallazgo de los res-

tos de Colón, del descubrimiento de América. El número 33, que corresponde a la edad de Cristo; el 302, al artículo de la pena de muerte; el 606, por la reacción Wasermann; el número de la casa que habitan, del automóvil que poseen, de la licencia para portar armas, ó de la máquina de escribir.

Muchos, para demostrar que en ellos no ejercen dominio las "preocupaciones infantiles", ni que creen en "tonterías", compran un billete cualquiera, sin fijarse si la persona que lo vende es tuerta, jorobada ó patizamba; y, precisamente esta manera sui géneris de proceder, es una mentira encubierta, porque no es la creencia de que que "cualquier número puede salir premiado", lo que lo mueve a comprar el primer billete que le venga a la mano, sino la "inspiración" de que actuando en esa forma puede ser favorecido por la suerte.

Hay quienes no juegan el billete número uno "ni que se lo regalen". Les parece que la bola de ese número "no

pesa", que no puede salir de la jaula y si sale, no le toca el «gordo» ni de «chiripa».

Ciertos números ejercen una atracción irresistible en algunos jugadores, y cuando les vienen a la mano ó los descubren en los puestos para vender billetes, no pueden resistir el mágico influjo y los compran, puedan ó no hacerlo, porque de lo contrario son víctimas de crueles angustias, de tantálicas tentaciones, que les roban el sueño y les quitan el apetito.

Hay quien cree que el billete cortado con tijera no saca, ni el que es comprado martes, ni el que vende una mujer en cinta; a otros no les agrada que vean el número que compran, ó solamente lo enseñan a ciertas y determinadas personas; algunos no compran billetes a los vendedores que anotan los números, y otros no los compran sino al fiado, no por la comodidad del pago, ni por la falta momentánea de metálico, sino porque creen que los billetes comprados al contado "se pelan".

Los vendedores de billetes preferidos son los jorobados, las viejas y viejos, y los que gozan fama de haber vendido muchos premios, a pesar de que con estos últimos muchas veces acontece que "unos tienen la fama y otros cardan la lana". Los bisojos, tuertos, mancos y cojos, no son recomendables, igualmente los mudos, los sordos, y los que venden a menos precio por salir de un apuro, y los que suplican que les compren como un favor especial.

Lo mismo que en la lotería de cartones, hay números que tienen nombres: «la tropita de Haina», el 1234; «la niña bonita», el 15; «como quiera que lo pongan», el 69; «los dos paticos», el 22; «las dos alcayatas», el 77. Y también son designados ciertos números con motes peculiares del juego de naipes, tales como ronda, rondín, patrulla y vigía. Y a otros los llaman quebrados, apresados, de tapa, pelados y «capicúas».

«Pescadores» llaman a los jugadores de billetes que solamente juegan un billete todas las semanas, como quien po-

ne una carnada a ver si el día menos esperado «se pega» un pez. Los «pacientes» son los jugadores que se abonan a uno ó más números y pacientemente aguardan, a veces muchos años, a que su número salga premiado. Las más de las veces resulta infructuosa la espera, y cansados de su «virginidad», rompen el abono. Se ha dado el caso que un número abonado durante muchos años, el cual en todo el tiempo del abono no obtuvo un premio, en el próximo sorteo después de ser abandonado ganó nada menos que el «gordo».

Los «científicos» son los que tienen un sistema peculiar basado en cálculos y combinaciones, en los cuales entran ecuaciones y logaristmos, y siguen un plan estratégico que por lo regular fracasa.

Otros se guían por observaciones cuidadosamente hechas, seleccionando los números que «salen más», ó el millar que se «está dando», y conocen detalladamente la «historia» de cada número. A estos jugadores los llaman de «punte-

ría», porque tiran «detrás de los palos». y a «punto metido».

Los «ilusos» son aquellos que tienen tanta fe en que «darán el golpe», que todas las semanas hacen un presupuesto de lo que van a ganar, y no sólo se conforman con presuponer contando con ingresos efímeros, sino que algunos toman prestado a cuenta de las ganancias ilusorias.

Los «historiadores» son los que juegan solamente los billetes que tienen historia. Por ejemplo: fulano compra un billete y por necesidad se ve en el caso de meterlo «bajo la peña» en la pulpería de Matarrán. Llega el sábado, día en que debe sacar, antes de las seis horas de la tarde, el billete dejado en prenda; pero sucede que la mujer está de parto, que se venció el alquiler de la casa, ó que lo «desplumaron» la noche anterior por «ir cojo con un par de sietes», y no tiene ni un maíz que asar. El «historiador», que está enterado del préstamo, acecha el vencimiento del plazo, y

si el billete no puede ser redimido, él lo compra, en la seguridad de que «dará el golpe», todo porque «tiene historia».

Otros juegan billetes de lotería lo mismo que juegan **poker.** A veces bus-buscan una «escala por dos cabezas» ó de «sandwich», cosa difícil de «ligar»; la fiebre del juego los domina y hacen «currú» lo mismo que en el juego de naipes.

Los «pesimistas» son los que creen en un fatalismo inexorable, cruel, en una mala sombra que los persigue a todas horas. Dicen: jugamos billetes de lotería «por no dejar», pues sabemos que primero se hace pedazos la bola de nuestro número, antes que salir de la jaula.

Los «soñadores» son los que sueñan con números que ganan el premio mayor, y se dedican con ahinco a la busca de éstos, registrando los billetes a todos los vendedores, y a veces pagan prima para obtener el número «soñado».

Los «hurones» son los que se dedican a la caza de números premiados en-

tre los billetes que el domingo por la mañana, durante se celebra el sorteo, no se han vendido. Los «hurones» anotan los números de los billetes rezagados y los sitios donde están a la venta, y se ponen a ver jugar la lotería. En seguida que sale uno de los anotados corren a ver si logran comprarlo y casi siempre lo consiguen. Y sucedió un domingo que una pobre vieja estuvo a punto de morir despedazada, al caerle encima una partida de «hurones», quienes descubrieron que la infeliz estaba vendiendo dos décimos del premio mayor sin saberlo.....

Los «decimeros» son los que únicamente juegan un décimo del número que les gusta. Ellos dicen que a mayor cantidad de número más grandes son las probabilidades de «pescar el gordo». Y además, se dan más gusto «teteando» los números en la lista.

Los «cooperativos» son los que solamente juegan en vaca. Un billete, medio y hasta un décimo. A los sastres y barberos les agrada mucho el sistema

cooperativo, más bien por armonía y buena correspondencia entre compañeros, que por «juntar las suertes».

Los «mentales» son los que juegan mentalmente todas las semanas uno ó más números. Llevan una contabilidad de las «ganancias y pérdidas», como si relmente ganaran y perdieran.

Aunque parezca una paradoja, es muy cierto que hay números que salen premiados más que otros. La revisión de las listas de diez años atrás pueden suministrar pruebas fehacientes de esta aserción empírica. Lo mismo que hay personas más afortunadas que otras, a pesar de que muchos sostienen que quien «se lo va a sacar» no hay nada que lo impida, ni que se queme el billete....

En cuanto a mis observaciones personales, a mis «bitácoras» —tengo más de una— ruego a mis amables lectores que me permitan «guardar el secreto». Sólo puedo decirles que «tiro a punto metido», y que más de una vez he dado en el blanco».

EL GENERAL PULGARIN

Para Andrés Pastoriza.

Los aprestos militares, el ajetreo de gente armada, la encarcelación de algunos individuos desafectos al gobierno, los cuchicheos y señales misteriosas, la actividad de ciertos tipos que estaban en su elemento cuando había alteración del orden público, eran indicios positivos de la existencia de un movimiento revolucionario, que las autoridades gubernamentales se empeñaban en ocultar, por todos los medios posibles, hasta el último momento.

La noticia del levantamiento se propagaba con la rapidez del relámpago, y era deformada adrede por los enemigos del gobierno, que inventaban, maliciosa-

mente, hechos falsos, levantando embustes, aunque se tratara de un simple motín o de una vulgar asonada.

Si la insurrección crecía y era necesario "batir el cobre", no tardaba mucho en aparecer en escena el General Pulgarín.

Un día de sol fuerte, a la hora meridiana, de improviso inusitada animación alegra la calle **Separación.** Suena, belicoso y altanero, un clarín, y se oye el galopar de una caballería que avanza entre nubes de polvo.

—¿Qué ocurre? Se preguntan unos a otros los comerciantes, quienes atraídos por el bullicio se asoman a las puertas de sus establecimientos, e interrogan a todo el que pasa.

Es el General Pulgarín que hace su entrada triunfal, caballero en un potro brioso, de largas crines, enjaezado pintorescamente; un pañuelo de cuadros amarillos y azules atado en la cabeza; sombrero de jipijapa, de anchas alas y copa redonda y alta; chamarra de **fuer-**

te azul; polainas de charol; grandes espuelas de plata; sable seibano, con incrustaciones de nácar en el cabo y cinto que sangra de puro rojo.

Tan abigarrado atavío hace del General Pulgarín un personaje de comedia, fanfarrón, vocinglero, héroe de mil combates pretéritos inventados por él, y en los cuales repartió tajos y mandobles, e hizo un sin fin de diabluras. Siempre al servicio de la legalidad contra los alteradores del orden público, cuando la rebelión asoma él es de los primeros en acudir a ofrecer sus servicios al gobierno, y siempre hace su entrada a la ciudad capital a són de corneta, con una cabalgata de no más de treinta jinetes.

ROSAS DE HUBIGANT.

Para Ruperto Soñé.

Allí viene. Es **Quiquito.** Camina aprisa, con movimientos desordenados. Desde lejos vió la víctima propicia. Se acerca, le habla con un dejo cadencioso, entrecortadas las palabras por un gangueo nervioso, muchas veces sin terminar las frases. Intranquilo, se mueve de un lado a otro como una ardilla dentro de una jaula. Se enjuga el sudor que le corre por todo el rostro y con el sombrero hace aire. Desenvuelve de entre papeles de seda un frasco de perfume, y lo sostiene con suma maestría en las puntas de los dedos, mostrándoselo a la víctima, como algo fascinador, irresistible.

Rosas de Hubigant. No hay duda. El sello, la etiqueta, y la **apariencia,** no indican otra cosa.

La víctima coge el frasco, lo examina cuidadosamente, lo sacude, se acerca el extremo superior a la nariz y lo olfatea, una, dos, tres veces; y por último declara que es legítimo, y que huele a rosas recién cortadas. Después de esta declaración, la víctima pregunta el precio, el que se halla caro por ser una cosa de lance. **Quiquito** reclama que el precio no es subido, que sufre una gran pérdida, que la necesidad de allegar fondos para «salir del apuro» lo obliga a «quemar» el artículo. La víctima ofrece un precio ínfimo. **Quiquito** se resiste. Comienza el regateo, y **Quiquito** va rebajando, y si la víctima se mantiene inflexible, concluye por aceptar la oferta.

Cuando **Quiquito** recibe el importe de la venta, desaparece como por arte de encantamiento, sin dejar rastro.

La víctima, oronda, regocijada por la creencia de haber realizado un negocio muy ventajoso, enseña a los amigos el

frasco de perfume y se vanagloria de su habilidad y buena suerte. Luego, cuan-se decide a destapar el frasco y moja el pañuelo de su contenido, y lo lleva a la naríz, se le escapa un grito de sorpresa, al descubrir que en vez de extracto concentrado de rosas, le han vendido un poco de agua con esencia de canela ó de clavo.

EL GATO BLANCO DE AGUASANTA.

Para Chacho Carías.

Súbitamente algo inusitado interrumpe la tranquilidad y sosiego del vecindario. Se oyen voces acaloradas, sollozos, imprecaciones, lamentos, ruido de personas que corren, de puertas que se abren y se cierran, risas y murmullos.

Los vecinos, unos salen a la calle y otros se asoman a las puertas y ventanas, a indagar cuál es el motivo del tumulto, y se enteran que todo el alboroto, el estrépito, lo ha causado la sustracción del gatico blanco de Aguasanta.

Aguasanta estaba planchando y vió cuando un holgazán se apoderó del gati-

co, que se lamía el cuerpo echado sobre la acera. Ella salió a la calle en pos del ladrón, insultándolo a voces, lo que promovió el consiguiente escándalo. En un momento se reunieron numerosas personas, atraídas por la algarada. Una tropa de arrapiezos alborozados aumentó la confusión y el bullicio.

A última hora, hizo acto de presencia un agente de la policía y condujo a la próxima estación al autor del hecho, al cuerpo del delito, a la perjudicada y a los testigos. Frente a la estación de policía se reunió numeroso público, circulando extrañas versiones acerca del suceso. Unos afirmaban que habían muerto a puñaladas a un marinero, otros decían que era un robo importante, y algunos sostenían que se trataba del secuestro de una menor de edad.

Levantada el acta correspondiente, y comprobada que fué la culpabilidad del acusado, éste ingresó en la cárcel preventiva, y le fué devuelto a Aguasanta el gatico blanco, citándola para que compareciera al otro día a la Alcaldía de

la tercera circunscripción en donde se conocería del caso.

Aguasanta, acompañada de una multitud de curiosos y desocupados, regresó a su morada, conduciendo triunfalmente al gatico blanco.

VENDEDORES MATUTINOS Y TRASNOCHADORES.

Para Américo Lugo.

Todavía no es la del alba cuando ya hace rato andan por las calles, pregonando a voz en cuello los géneros comestibles que llevan para vender, numerosos vendedores, quienes a veces no se conforman con ofrecer, dando voces y gritos, las verduras, frutas, gallinas y huevos con que comercian, sino que también algunos se permiten llamar a las puertas, a inquirir si quieren ó no comprar lo que ellos venden.

El panadero advierte su presencia con vivos repiqueteos de las tapas de hojalata de los barriles, y si este aviso no es suficiente, entonces golpea las puer-

tas de los parroquianos con el mango del látigo, acompañado cada golpe de un grito estentóreo.

El que vende los huevos afirma que están "acabados de poner"; el de las frutas asegura que son dulces como melado; el de los pollos y gallinas jura que de puro baratos casi los regala; la de las tortas de casabe, para recomendarlo, declara, que es de Los Minas; el del carbón que es de campeche ó de plancha; y así, todos tienen algo que decir, y añaden al estribillo un cantar ó una copla, a veces no mal entonada y alguna que otra vez con donaire. Pero cuando se juntan tres ó más vendedores y todos a la vez pregonan ó cantan, la vocinglería se hace insoportable y no hay quien pegue los ojos.

Quien tiene la mala suerte de habitar una casa con los dormitorios del lado de la calle, es víctima, no solamente de los vendedores que madrugan, sino también de los trasnochadores habituales.

Los políticos de oficio, literatos, ga-

lleros y jugadores, generalmente son trasnochadores. Acostumbran reunirse siempre en un mismo sitio y a una hora fija, preferentemente en las plazas públicas y casas de juego. Estas reuniones se prolongan hasta media noche y una que otra vez, si ha ocurrido algo extraordinario ó la discusión suscitada es interesante, duran hasta la madrugada.

Si son galleros, comentan con típicas expresiones las últimas peleas, y relatan las pretéritas hazañas de renombrados campeones plumíferos. Cada gallero se cree un sabio insuperable, y se empeña en que los otros reconozcan su sapiencia y acepten sus teorías. Este no cree en la eficacia de la limitación de los tragos de agua para rebajar, el otro critica los topes a fondo porque quebrantan al animal, aquel sostiene que los gallos "son pájaros", y un día pelean bien y otro día lo hacen mal, y por encastados que sean, todos se huyen; y en apoyo de su teoría cita los casos de gallos españoles de pura sangre que se han huído frescos, "al apagarle un farol", y

de manilos, con plumas en las patas, que se han dejado sacar los sesos y no han huído.

Si son jugadores relatan a su manera esta u otra jugada, los caprichos de la suerte, traidora y voluble, las fullerías de fulano, que es un **tigre bimbín**; la ingratitud de mengano, que cuando está **gordo**, huye de los amigos y cuanto está **bruja**, no manca; las boberías, la flaqueza y debilidad de zutano, que es una **marrana.**

Si son políticos, para ellos no hay honra ni reputación buena; censuran maligna y solapadamente, tanto a los amigos como a los enemigos, y no hay piel, aunque sea de pandero, que resista los pinchazos. La intriga, los enredos, los embrollos, el manejo cauteloso de la astucia y de la mala fe, la doblez y la alevosía, son armas temibles en manos de los aspirantes a puestos públicos y de los envidiosos devorados por un cáncer implacable. ¡Infeliz del que cae entre sus garras! ¡Desgraciado del que provoca sus iras! Y si es pusilánime, si es po-

bre de espíritu, si quiere "nadar y guardara la ropa", si anda con "escrúpulos de monja", es víctima propicia a quien roban el sueño y el apetito, perdido en un agitado mar de vacilaciones y de pueriles incertidumbres.

Si son literatos, escritorzuelos mediocres, entecos y desabridos; poetastros, llorones, melifluos, cloróticos y carentes de originalidad, se entretienen despellejando a los compañeros ausentes, ó leyéndose unos a los otros sus producciones superabundantes e insubstanciales.

Ya de propartida, hacen escala en cada esquina, donde se repiten las mismas discusiones, se recitan los mismos versos, se relatan las mismas historietas, con igual bullicio, sin tener en cuenta que perturban la quietud y sosiego de los vecinos.

Y gracias que han desaparecido los serenos que cantaban las horas, los nocturnos trovadores, y los agentes de la policía nocturna, quienes se avisaban so-

nando silbatos, que si es verdad de esa manera se mantenían alertas, también no es menos cierto que de ese modo denunciaban a los ladrones la presencia de la autoridad.

UN TIPO POPULAR.

Para José Pérez Román.

Para poner apodos no hay quien les vaya en zaga a los dominicanos. De reciente creación es el apodo de **fachada**, aplicado a ciertos individuos, quienes por su porte y modales, por su aspecto exterior, conmueven eficazmente el ánimo, y hacen fijar la idea en la imaginación de que son «potencias». Una «potencia» es un individuo dotado por la naturaleza con particulares dones y prerrogativas, quien por su inteligencia, por su valor, por «su audacia», acomete siempre con éxito las más arduas y dificultosas empresas, e impone a los otros su «abrumadora superioridad».

Los «fachadas» se dividen en dos clases: activos y pasivos. Los primeros especulan con la arrogancia de su físico, con la gravedad y prudencia de sus acciones, con sus gestos y ademanes, cuidadosamente estudiados, de manera que hagan impresión en las personas, causando en ellas sensaciones favorables. Una barba frondosa, una calva reluciente, un mostacho de mosquetero, un rostro abacial, son talismanes con virtudes portentosas: bajo su mágico influjo se abren todas las puertas y se allanan todas las dificultades.

Los «fachadas» pasivos no hacen valer sus «privilegios», porque no se dan cuenta de lo que poseen, ó porque son ingenuos y candorosos.

Los «fachadas» activos se subdividen en dos grupos: unos que aprovechan las «apariencias engañosas» para abrirse paso y vivir cómodamente; pero que no llegan a envanecerse, e íntimamente confiensan que no son «tales potencias»; y otros, que se han dejado dominar ellos mismos por sus propias «apariencias en-

gañosas», llegando al convencimiento de que en realidad son superhombres, y pregonan sin ambajes «su exceso de materia gris», sus virtudes acrisoladas, su calidad de «insustituibles», con derecho a disfrutar, a perpetuidad, de las más ricas prebendas y primicias.

Y contrariamente a la ley natural, estos badulaques impertinentes, que por su vanidad desmedida mueven a risa, y se ponen en ridículo, que es la peor desgracia para un hombre, lo mismo que la fealdad en la mujer, medran, se abren paso, y llegan a dominar, aunque la generalidad sepa que son «leones de alfombra».....

INDICE

	Página.
Prólogo	7
A manera de introito	13
Se soltó el tigre	23
Sentencia Salomónica	37
El adelantado Basilio Méndez	43
La moción de la gallina ciega	49
Cazador cazado	55
Audacia de la ignorancia	65
Como se escribe la historia	71
Guapo de fama	76
Un negocio como pocos	83
El destino inexorable	89
El burro me está pateando	97
Los puercos de José Dolores	103
Arístides el güirero ó un muerto que resucita	111
I vuelvo a Güibia	117
Cosas de Lechuga	123
La venganza de Felipillo	129
Jugadores de billetes de lotería	135
El General Pulgarín	147
Rosas de Hubigant	154
El Gatico blanco de Aguasanta	159
Vendedores matutinos y trasnochadores	165
Un tipo popular	173

UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL
00028338576